

CAPELLA, JUAN RAMÓN. *ENTRADA EN LA BARBARIE*.

Edit. Trotta, (Madrid, 2007), 251 pp.

Ascensión Cambrón Infante

Profesora Titular de Filosofía del Derecho. Universidade da Coruña

Este libro se estructura en dos partes, la primera (capítulos I al IV), dedicada al “tiempo del progreso: Gramsci”, al “tiempo mesiánico: el último Benjamín”, al “tiempo de desarraigo: Simone Weil” y al “tiempo del consumo: Passolini”. La segunda parte cuenta también con cuatro capítulos (de V al VIII), dedicados al “tiempo de antes de la revolución”, al “tiempo de la contrarrevolución”, el “tiempo de la barbarie” y, por último, el “tiempo de resistencia”.

El contenido del libro, como se deja interpretar por el índice, tiene un eje fundamental: el tiempo que nos es contemporáneo y las maneras de vivirlo culturalmente, desde el punto de vista de la configuración y actuación del sujeto emancipatorio. Es pues un libro ordenado por el tiempo y con él por la vida. O dicho con las palabras de J. R. Capella “Mi pretensión, al centrar la atención en este topos ya clásico del pensamiento emancipatorio, es iluminar los problemas del pasado para que podamos contrastar con ellos los problemas del presente y los agazapados del futuro” (p. 13). Con este objetivo se ocupa, en primer lugar, del pensamiento de A. Gramsci, situándolo en el tiempo donde todavía era posible pensar en el “progreso”, aunque ya en los análisis de este autor se percibieran los cambios históricos que se avecinaban. J. R. Capella hace un balance de las aportaciones gramscianas y rescata sus principales “aciertos y errores lo que hacen de éste un pensador casi único entre los grandes pensadores en la historia del pensamiento emancipatorio” (p. 32).

Sigue con el “tiempo mesiánico” en el que el autor del libro se ocupa del pensamiento y de la vida de W. Benjamín para rescatar las premoniciones y aportaciones de este y que, vistas desde el presente, son empáticas con las preocupaciones del movimiento altermundista. Desde este punto de vista, destaca como la aportación más importante del pensador alemán “la crítica al tiempo del *progreso*, presente en el Manifiesto comunista y trasladada al movimiento obrero” (p. 41). Y critica el progreso porque lo interpreta como: “fuerza moral mítica que impide el actuar moral del inocente” (p. 54). En este punto la reflexión de J. R. Capella se funde con el pensamiento de Benjamín para alumbrar unas páginas extraordinarias sobre “las necesidades, la técnica y el progreso” que liga el tiempo mesiánico con el tiempo de la barbarie que vivimos: “La posibilidad de una dominación fundamentada en la tecnología es percibida por Benjamín como la condición material del dominio totalitario. Una tesis declaradamente trágica tanto si se lee en 1940, como en nuestro propio tiempo” (p. 57). Declara J. R. Capella, además, que para el autor alemán esa peligrosidad de la tecnociencia se veía reforzada cuando se ponía en relación no con el pensamiento de los opresores, sino con el de los oprimidos.

Pero, en el capítulo se señalan también las diferencias del pensamiento benjaminiano con el pensamiento de la idealidad emancipatoria; y en este sentido, por ejemplo se

nota la falta de empatía con las generaciones futuras, aunque esta idea se integra en la noción de W. Benjamín sobre el “futuro” que consideró –en sus escritos y en sus pinturas– como “catástrofe única”. Para Benjamín “El futuro está realmente –no sólo como representación– en el presente. Lo está como causación, como determinación del presente. Se gesta en tiempo-ahora” (p. 67). Tras una sugerente “lectura” de las aportaciones del autor alemán, J. R. Capella concluye que “para la idealidad emancipatoria la percepción histórica no consiste sólo en adueñarse de un recuerdo, sino también en atenerse a una premonición. Si se recoge el legado intelectual de Walter Benjamín, su tarea consiste también en nutrir su voluntad moral de la visión de los descendientes disminuidos” (p. 67).

El capítulo tres está dedicado a reflexionar sobre la apuesta de Simone Weil y el “tiempo del desarraigo” que ejemplifica la agudización de las contradicciones del capitalismo. J. R. Capella extrae de los escritos de esta autora y de sus componentes místicos y premodernos elementos para hacer hincapié en la apuesta de la escritora por la “dimensión sagrada” que subyace en cada ser humano; de las experiencias vividas por Weil en las fábricas y de su descripción del *vacío espiritual* que generaba la “condición obrera”. La apuesta ética de la autora francesa es tomada por J. R. Capella para integrarla en el movimiento emancipatorio y, a la vez, reivindicar la inclusión en el mismo de esa consideración premoderna del ser humano: solidario, responsable y comprometido con las vidas de los demás. Esta lectura del pensamiento de Weil “muestra a las claras que el compromiso de S. Weil con el pensamiento emancipatorio es de naturaleza eminentemente ética; que el *realismo* con que el compromiso se diluye en compromiso político, en arreglos con las *circunstancias* que acaban justificando indefinidamente cualquier cosa, le era completamente ajeno” (p. 71). En este punto J. R. Capella relaciona la “sacralidad” de las personas con el tema de los “derechos” y la “democracia” y nos obsequia aquí con unas reflexiones profundas y fecundas sobre los límites de la apuesta por la sola democracia procedimental y en ella la funcionalidad del discurso de los derechos a los intereses de la Gran Restauración capitalista; aunque sostiene el autor que otra lectura del tema de los derechos es posible, unida inexcusablemente a los necesarios deberes correlativos de todos.

Esta era la base de la cultura social que la economía capitalista ha hecho desaparecer a lo largo del siglo XX y que nos ha conducido a la encrucijada que tan bien describe Pasolini en sus obras, y que J. R. Capella llama: “el tiempo del consumo”, en el capítulo cuarto. Aquí caracteriza el tipo de intelectual que era el escritor y polifacético Pasolini y las diferencias que éste establecía entre quienes apuestan por “vivir en Palacio/vivir fuera del Palacio, en la plaza”; pero también describe la actitud acrítica, consumista y cosificada de las poblaciones actuales, que lo llevó a percibir la “mutación antropológica”. Es esta la lección que el autor italiano ofrece al movimiento emancipatorio que: “el consumismo estaba disolviendo a pasos agigantados la conciencia política y social de los trabajadores y que se abría un abismo en la experiencia de las generaciones” (p. 110). Abismo, en la medida que esta etapa expresa el final de un proceso en el que el capital se ha emancipado de sus propias bases y de los compromisos adquiridos con partes de la sociedad que lo sustentaban. Entonces se ha iniciado la Gran Restauración capitalista, etapa histórica en la cual el capitalismo no podrá sobrevivir a su propia transformación.

En la segunda parte del libro J. R. Capella construye su específica contribución al análisis histórico del desarrollo del sujeto emancipatorio a lo largo del siglo XX; especialmente desde la cesura que de los años setenta y los precedentes acumulativos de la que él llama Gran Restauración, llevada a cabo por el capitalismo, hasta el actual tiempo de barbarie.

En el capítulo VI el autor se emplea a fondo enunciando los elementos estructurales de la barbarie contemporánea; en primer lugar, describe los principales factores y

mecanismos de este tiempo “globalizado”; la tercera revolución industrial y sus tecnologías: la informática, la química industrial, la biotecnología y la publicidad de masas. Mas también la aparición de un nuevo saber *organizativo empresarial*, que responde a la lógica interna del capital. Pero, ninguna de estas innovaciones es independiente de las condiciones políticas que han permitido su implantación: la contrarrevolución política. Ambos movimientos se orientan a provocar un “fin del mundo”. El elemento esencial de estos movimientos es la ofensiva política contra los trabajadores como clase social, mediante la precarización e inseguridad generalizadas en el trabajo. Destaca también la novedad que representa, en los países opulentos, la creación de un subproletariado formado por emigrantes.

Pero la Gran Transformación ha producido también cambios importantes en el estado y en otras instituciones públicas con graves consecuencias para las poblaciones. En esta coyuntura los “estados-nación” se han vuelto *porosos*: “admiten ser penetrados y determinados en sus políticas por un *poder* superior, además de perder parcelas o aspectos importantes de su antigua soberanía” (p. 167). En el proceso estatal de adaptación de las instituciones han sido fundamentales las actuaciones de la Unión Europea, el Banco Central europeo, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la OCDE y la organización Mundial del Comercio. Y el resultado de esta intervención resulta ser la “pérdida de soberanía”: tanto desde del punto de vista militar, como en el del “poder de los agrupamientos de grandes compañías multinacionales y conglomerados financieros que imponen su *lex mercatoria* privada y opaca a las políticas públicas (...). Por eso se puede hablar de un soberano supraestatal difuso y policéntrico como novedad política más destacable de la Gran Restauración. Este nuevo poder no es democrático y busca legitimarse tanto por la aquiescencia formal del *demos* cuanto por una *eficacia* cuyos parámetros autodefine y publicita él mismo” (p. 169). La Gran Restauración tiene, además, como cara internacional el proyecto globalizador y se legitima a través de la publicidad y del consumo de masas de los países opulentos.

Y, finalmente, como consecuencia de las anteriores transformaciones provoca grandes mutaciones en las gentes que viven de su trabajo, tanto en la periferia del sistema como en los países emergentes. Es por todo ello que: el tiempo contrarrevolucionario de la Gran Restauración se ha hecho real aunque su futuro sea ominoso. Entre tanto impone día a día su propia cultura: una cultura de barbarie” (178).

J. R. Capella abre el capítulo VII sosteniendo una tesis opuesta a la defendida por los autores clásicos del pensamiento socialista cuando consideraron una hipotética regresión a la barbarie. En la hipótesis de aquellos, ésta sólo podría ser la consecuencia de un componente histórico: “de la ruina común de las clases en lucha”. Para nuestro autor, en cambio, “es precisamente el triunfo renovado del capital, su «orden» repristinado, lo que ha abierto el camino a la barbarización de las sociedades humanas e iniciado un “tiempo de barbarie”(p. 179). Le sigue un repaso a los principales problemas que presentan las sociedades actuales, como son: el aumento poblacional, la industria militar, las biotecnologías y la mercantilización del conocimiento. A lo que se unen además problemas económicos e institucionales que, a la vez, gran parte de la población ignora, como si vivieran en una especie de cueva mediática que “no sólo convierte la realidad en sombras: también crea su propio teatro de sombras” por la mediatización y mercantilización en que se ha convertido la cultura entre los artistas y profesionales y, especialmente, la de las clases populares. Pero la “barbarización” se deja sentir también en la escuela y en las universidades públicas, dando lugar a un proceso que ha acabado creando una nueva religión en los países opulentos: “la religión del Dinero, el Éxito y la Fama”.

Ante este panorama, J. R. Capella se pregunta si con una cultura poblacional así barbarizada se podrá reaccionar en el instante de peligro. Y para responder el autor repa-

sa la situación actual de la clase obrera, carente de “consciencia política”, la barbarización de la producción y sus consecuencias, la crisis ecológica mundial y las dificultades para superarla y la creciente explotación infantil. A estos problemas se añaden las parálisis de las instituciones, “de las que no se puede esperar que (...) emprendan políticas alternativas sin una enorme presión social” (p. 201). También la militarización creciente del mundo es otro dato que ilustra el recorrido de la humanidad hacia el exterminio. En este punto el autor reflexiona acerca de la dificultad que representa evaluar cuánto nos hemos adentrado en el tiempo de la barbarie. Porque no caben dudas de que ese camino ya está iniciado y por ello “se hace necesario enderezar el rumbo del viaje”. Es decir, este es también un “tiempo de resistencia”.

J. R. Capella dedica el último capítulo, con múltiples sugerencias, a describir los rasgos del movimiento de resistencia a la Gran Restauración: el voluntariado, el pacifismo, el ecologismo, el antisexismo, etc. Los rasgos del movimiento manifiestan que es “orgánico” en sentido gramsciano; pero también manifiesta que la “razón histórica” le asiste, en tanto expresa un proyecto de un mundo alternativo potencial: “un mundo cuyos rasgos se definen principalmente por recusación de algunos de los caracterizan el presente” (p. 217). Y aunque ser portador de este rasgo no le garantiza el éxito, sin embargo, “la razón es la condición de la apuesta de la voluntad de ese impulso de resistencia”. No obstante, el autor reconoce que este movimiento es una vanguardia limitada, que no podrá cambiar el mundo sin atraer consigo a grandes conjuntos de personas. Por esto, J. R. Capella apuesta porque el movimiento rehuya la tentación de convertirse en secta, ha de ser una *eclesia* que disponga de sus propias armas –como el saber, la imaginación, el sentido del humor, voluntad viviente, etc- no objetivadas en instrumentos sino acaso en estructura relacionales interpersonales (p.218).

Obviamente la actividad que ha de llevar adelante el movimiento ha de ser realizada “*desde fuera* de Palacio”; desde los foros sociales, lugares de encuentro del movimiento alternativo, incorporando la “feminización del movimiento”, también ha de abordar el debate difícil sobre el inevitable *lado político* de su acción.

El libro se cierra con una fecunda reflexión descartando la dirección que no debería tomar el movimiento en contraste con las actuaciones de los poderes existentes. Finaliza el autor señalando que el movimiento altermundista tiene que conquistar poderes aunque sin abandonar principios como: la lucha contra la desigualdad, optar por “no hacer todo lo que se puede hacer”, el compromiso contra el desarraigo y la austeridad y esto porque el consumo de las sociedades opulentas no es generalizable.

A Coruña, junio de 2007.